

Las posibilidades de la Red Jesuita.

Chris Lowney

Lo que sigue es un texto preparado para una exposición oral en una conferencia. Los editores han optado por preservar las directrices y vivacidad originales en vez de adaptar el lenguaje a los convencionalismos de la forma escrita.¹

Deseo invitarnos a un gran ejercicio de imaginación sobre cómo puede ser nuestra red y animarnos a iniciar nuestros primeros pasos en esa dirección, sin preocuparnos de los errores o fallos que cometamos por el camino.

Se supone que debo hablar sobre liderazgo, educación jesuítica y justicia social en el siglo XXI, pero eso suena tan complicado que espero que no os importe si os cuento tres historias. Una trata del potencial de la red de la que todos formamos parte; la segunda historia es sobre el propósito último de nuestra red; la tercera historia es sobre cómo ponemos nuestra red en marcha.

Así pues, aunque el tema que se me ha asignado es liderazgo y educación jesuítica, mi primera historia trata de barcos de navegación.

Todos sabemos cómo navegar. Escribimos las señas de destino en Google maps e inmediatamente nuestro GPS nos dice: gire a la derecha en 500 metros, o gire a la izquierda en 500 metros.

Pero, lo creáis o no, Cristóbal Colón no tenía Google maps. Los navegantes podían saber normalmente su posición respecto al norte o al sur –su latitud – pero durante siglos nunca pudieron saber su posición respecto al este o al oeste – su longitud. Cualquiera que haya estado en un barco y sin posibilidad de ver la orilla puede imaginar el miedo que tendría si estuviera flotando a la deriva sin radio, sin ningún medio de comunicación y sin forma de saber dónde te encuentras.

Sucedieron tragedias terribles. Una vez, una flota de barcos británicos estaba de camino a casa tras un largo, largo viaje y, cuando ya estaban cerca de Gran Bretaña, debieron de relajarse. Pero se inició una tormenta y de repente no podían ver hacia dónde iban y, como no sabían su longitud, encallaron en los Canales ingleses, y más de mil marineros que pensaron que iban a ver a sus familias en horas, se ahogaron.

Muchos jesuitas se perdieron también en el mar, como sabéis. Unas veces porque sus diminutos barcos –hechos de madera y no más grandes que un vagón de tren- se hacían pedazos en tormentas terribles. Durante años, hasta una cuarta parte de los barcos que

¹ Esta conferencia fue impartida en el encuentro mundial de la Unión Mundial de Antiguos Alumnos Jesuitas (WUJA - World Union of Jesuit Alumni) en Medellín (Colombia) el día 16 de Agosto de 2013. Este documento es una traducción al español de Julio Correas y Marta Angoloti (España) para el Proyecto Jesuit Networking (www.jesuitnetworking.org).

salieron de España o Portugal nunca alcanzaron su destino. Algunas veces fueron atacados: en 1570 un barco pirata interceptó un barco lleno de jesuitas que iban a Brasil. Masacraron a 40 de ellos, algunos fueron decapitados y otros simplemente arrojados al agua.

Pero algunas veces los jesuitas perdieron la vida simplemente a causa de que la gente no sabía navegar. En 1555 tres jesuitas naufragaron en una isla desierta de camino hacia el Extremo Oriente y allí murieron de hambre. Pero, a pesar del peligro, éstos valientes continuaron yendo, hacia el este en dirección a Asia; hacia el oeste, en dirección a Sudamérica y hacia el sur, en dirección a África. Conocemos a algunos de ellos muy bien: los Padres Javier, Claver, Ricci, Anchieta.

Pero de muchos otros no sabemos nada porque murieron antes de que sus barcos alcanzaran su destino en el Nuevo Mundo. Si juzgáramos sus resultados mundanamente, fracasaron. Arriesgaron sus vidas para comenzar los ministerios y parroquias que posteriormente se convertirían en los colegios a los que muchos de nosotros asistimos. Su sacrificio valió la pena sin ninguna duda. Podemos estar agradecidos por su generosidad, heroísmo y valentía. Y quizás también podemos imaginar que esos hombres que nunca lo consiguieron, de alguna manera nos están invitando, a cada uno y a cada una a su manera, a continuar la tarea que ellos no pudieron completar, haciendo nuestras buenas acciones en nuestras familias, colegios, iglesias o comunidades.

Pero permitidme volver a mi historia de navegación ya que puede ayudar a ampliar los límites de nuestra creatividad mientras tratamos de imaginar en qué puede convertirse nuestra Red Jesuita. Los científicos durante mucho tiempo trataron, sin ningún éxito, de resolver el problema de medir la longitud para reducir el número de muertes en el mar. Galileo tenía la idea de que los navegantes podían determinar la longitud mediante la observación de los eclipses de las diversas lunas de Júpiter. Galileo era inteligente pero increíblemente poco práctico: ¿cómo un navegante con un telescopio del siglo XVI iba a poder situarse en un tambaleante barco y ver Júpiter y mucho menos hacer los cálculos correctos sobre sus lunas?

Con posterioridad, algunos años después de Galileo, un jesuita tuvo una idea mejor para resolver el problema. A Athanasius Kircher, un jesuita alemán que enseñaba en Roma a mediados de 1600, se le llamó “el último hombre que lo sabía todo” y él sabía que cuando te alejas del Polo Norte hacia el este o el oeste, la aguja de una brújula se desvía una pizca del verdadero norte. Y Kircher también sabía que los misioneros jesuitas estaban trabajando en todo el mundo conocido por los europeos del momento - de hecho ninguna organización humana tenía una red de gente en tantos lugares. Y pensó que si conseguía hacerles medir a cada uno de ellos la desviación de las agujas de sus brújulas del verdadero norte en cada uno de aquellos lugares, podría preparar una sencilla carta de navegación, y cada navegante podría conocer su longitud revisando la aguja de su propia brújula y comparándola con la carta de navegación de Kircher. Pensad cuántas vidas se habrían salvado gracias a la inventiva, a la colaboración, a la inteligencia y al duro trabajo de la Red Jesuita.

Así pues, escribió a los jesuitas de todo el mundo y empezaron a contestarle con sus lecturas. Pero al final no tuvieron éxito porque las brújulas del siglo XVII eran demasiado primitivas

para realizar la lectura exacta que hubiera sido necesaria. Pero casi lo consiguen. Intentaron hacer algo que sólo los Jesuitas podrían haber conseguido en aquel momento de la historia de la humanidad.

¡Qué gran liderazgo! Pensemos en algunos de los valores que todos estos hombres mostraron:

- Eran increíblemente inteligentes y de gran talento pero no utilizaron su talento e inteligencia para servirse a ellos mismos y ser ricos o famosos sino - para ponerlo en lenguaje ignaciano - *para amar y servir*, en el servicio a los demás.
- Eran innovadores: intentaron conseguir algo que nadie había ni siquiera pensado o intentado.
- Eran humildes: sabían que si lo conseguían, ninguno de ellos sería un héroe. El “héroe” sería la carta de navegación con los mil diferentes puntos cardinales. Cada uno deseaba participar en una causa mayor que la de sí mismo, o dicho en lenguaje ignaciano, hacer algo no para su propia gloria sino *para mayor gloria de Dios*.
- Aprovecharon su red: se dieron cuenta de que, por ser parte de esa red mundial, podían hacer cosas que nadie más en el mundo podría conseguir.

Pues bien, hoy los Jesuitas están aún distribuidos por todo el mundo, en más de cien países. Pero los Jesuitas no dominan el conocimiento y el saber de la misma manera que lo hicieron en la historia. Y en muchas partes del mundo su número se reduce.

Pero ¿qué pasaría si todos empezáramos a pensar en esta red de una manera completamente diferente? No sólo los Jesuitas en una red, o los exalumnos de mi colegio en otra red y la Unión Mundial de Antiguos Alumnos Jesuitas (WUJA) en su propia red, ¿qué tal si en vez de eso entendiéramos que todos nosotros, y millones más, somos de alguna manera parte de una red mucho más amplia que podríamos llamar el “Proyecto Jesuita” o la red de aquellos que desean vivir como *hombres y mujeres para los demás*? Seguramente no haya en la tierra una red con tal alcance y diversidad como la que nosotros formamos: somos acompañantes espirituales, banqueros, abogados, contables, madres y padres, obreros y directores ejecutivos, gente muy rica y gente muy pobre, gente con magníficas conexiones y refugiados, curas, obispos... incluso un Papa.

¿Cuánta gente forma en esta Red Jesuita hoy?

Nadie lo sabe. Nadie ha intentado contarlos todavía.

Sólo pensad en los millones de graduados de los colegios y universidades de los Jesuitas, en las facultades, en los colegios de *Fe y Alegría*, en aquellos que concelebran en las parroquias jesuitas o se retiran espiritualmente inspirados por los jesuitas. Todos son parte de una fuerte red de millones de personas.

De ninguna manera pretendo minimizar a los propios Jesuitas en esta red. De ninguna manera. Desearía que hubiera más jesuitas y quisiera pedirlos que os unáis a mí a orar por más vocaciones jesuitas.

No sé por qué no hay más jesuitas. Tendréis que preguntarle al Espíritu Santo. Pero al menos en este momento, los que estáis en este cuarto y en otros cientos de sitios de todo el mundo, sois el equipo que el Espíritu Santo ha puesto en el campo de juego. Algunos de nosotros somos jesuitas y otros no; algunos somos católicos y otros no. Pero somos los que estamos aquí y por tanto somos los que de alguna manera estamos llamados o invitados a ejercitar algunos de los valores de liderazgo que comenté antes.

Mi primera historia, la de Kircher, nos recuerda que tenemos una increíble red; nadie puede equipararla. Mi segunda historia nos ayudará a recordar el propósito, el fin o el objetivo por el que deberíamos usar nuestra red.

Esta historia no es sobre un jesuita como Kircher en 1600 sino sobre un chico en los 70, alumno de un colegio de bachillerato de jesuitas en Manhattan. Yo cogía el tren al Colegio Regis cada día y también asistía a clases en la universidad. Como muchos de mi clase, yo era el primero de mi familia que asistía a clases en la universidad y por ello estamos muy agradecidos al Colegio Regis, por prepararnos para triunfar en la vida.

Uno de aquellos veranos durante mi bachillerato, el rector nos invitó a ser voluntarios durante dos o tres días para ayudar a limpiar unas viejas oficinas y áticos del colegio. Estaba yo limpiando un inutilizado pupitre cuando encontré un folleto de 1964 de conmemoración del 50º Aniversario de mi colegio jesuita.

Dejé de tirar viejos papeles a la basura y me senté comenzando a pasar páginas y a observar las fotos. Vi en aquellas fotos un mundo que ya ha desaparecido.

Después comencé a leer parte del texto. Era una homilía para la misa del 50º aniversario del colegio y el predicador usaba como su símbolo al Búho, que es la mascota de nuestro colegio, símbolo clásico de la sabiduría.

El sacerdote imaginaba a todos los graduados de nuestro colegio en pie delante del Búho Real, que estaba haciendo balance de sus vidas. También nosotros, cuando oigamos estas palabras, vamos a imaginarnos que estamos en este cuarto, y quizás a todos los 3 millones de graduados en los colegios jesuitas, de pie, juntos, mientras el sabio Búho nos evalúa a nosotros y nuestras vidas:

“¿Qué le llamaría más la atención al Búho si estuviéramos todos nosotros reunidos bajo sus alas en el jardín? ¿Nuestros títulos? ¿Nuestro nivel de renta? ¿Nuestras tarjetas de crédito? ¿Nuestros clubs privados?... Ciertamente pestañearía los ojos varias veces al contemplar esta vasta colección de éxito material pero, como búho curioso, ¿no tiene derecho a preguntar?: ¿Cómo estás usando los dones que Dios te dio? Usaste bien la mayor parte de ellos en Regis. ¿Todavía recuerdas a dónde te diriges?... ¿Está la gente algo mejor tras tu peregrinaje por la vida?... ¿Es el mundo algo mejor porque tú fuiste a Regis?... ¿Tu luz dirige a nuestra gente a la gloria?”

Aunque yo sólo tenía 15 años supe que de alguna manera aquellas palabras eran muy importantes. Y aunque las fotos del folleto eran de un tiempo pasado de moda, supe que

aquellas palabras eran imperecederas y eternas. Así pues guardé aquel folleto y cada pocos años lo releo.

A todos vosotros os resulta familiar el mensaje del Búho. La mayoría de vosotros lo ha oído de forma diferente, por ejemplo: se nos ha dicho que uno de los objetivos de nuestra educación jesuita era formar *“Hombres y Mujeres para los demás”*.

Después del Colegio Regis fui novicio jesuita durante unos años. Así pues hice los Ejercicios Espirituales de San Ignacio y uno de aquellos ejercicios me hizo *“imaginar a Nuestro Señor Jesucristo suspendido en una cruz frente a ti y conversar con Él...”*. Y mientras estás mirando a la cruz, dice Ignacio *“reflexiona y pregúntate: ¿Qué he hecho yo por Cristo? ¿Qué estoy haciendo por Cristo? ¿Qué debería hacer por Cristo?”* Ya sé que aquí no sólo representamos a la tradición cristiana sino a otras religiones y tradiciones humanísticas pero todas las grandes tradiciones humanas enfatizan que no estamos aquí en la tierra para servirnos a nosotros mismos.

Hace unos años, el Padre Kolvenbach, el predecesor del Padre Nicolás, lo expuso a su manera en una charla que dio en una universidad jesuita: *“la medida real de nuestros colegios está en quién se convierten nuestros estudiantes”*.

Bien, preguntémonos: ¿En quién se convierten nuestros estudiantes? ¿Cómo de exitosos son nuestros colegios en la formación de éstos hombres y mujeres para los demás?

La verdad es, y discúlpenme por decir esto, que la mayoría de los colegios jesuitas adolecen de un conocimiento sistemático sobre en quién se convierten sus alumnos. Sí, seguramente, si preguntamos, los representantes de los colegios podrán contarnos alentadoras y verdaderas historias sobre graduados que son buenos padres y graduados que están ayudando a gente necesitada en un proyecto u otro.

Pero ¿llegan al 5% de los graduados? ¿Al 20%? ¿Al 90%? No lo sabemos. Permitidme hacer esta comparación: en los Estados Unidos, mi colegio y universidad jesuita conocen exactamente qué porcentaje de graduados de la promoción de 1985 donaron dinero al colegio aquel año; sin embargo, no me consta que ningún colegio jesuita del mundo sepa qué porcentaje de la promoción de 1985 son hombres y mujeres para los demás. Muchos de vosotros me diréis cuán difícil sería medir tal cosa, y yo estaría de acuerdo. Pero también diría esto: si no intentamos al menos hacernos responsables de nuestras más altas aspiraciones, ¿cómo podemos determinar nuestro éxito? ¿Cómo podemos dirigir un negocio si no sabemos siquiera si tenemos éxito?

De hecho, sería quizás interesante enviar una carta a los exalumnos diciéndoles que estamos tratando de determinar cuántos de ellos son hombres y mujeres para los demás y preguntarles qué significa para ellos, a la edad de 40 o 50, cuando uno es padre y está trabajando en una empresa, ser hombres y mujeres para los demás.

Ahora quiero contarles la tercera historia. La primera historia, sobre Kircher, era sobre el vasto potencial de nuestra red; la segunda, sobre mí mismo, era sobre el propósito, la meta, o

sea: el *magis*. La tercera historia es sobre nuestro actual Papa y es una historia sobre cómo empieza uno a enfrentarse a un reto difícil, como es activar una Red Jesuita en su totalidad.

¿Cómo empiezas? Haces algo. Buscas necesidades y ayuda para resolverlas. En cualquier sitio. En tu propio colegio, en tu ciudad, en tu propio grupo de exalumnos.

Esa es la estrategia que aprendí del Papa. Algunos de vosotros sabéis que he escrito un libro sobre el estilo de liderazgo del Papa Francisco, que se publicará en inglés en un mes. Y tuve el privilegio de ponerme en contacto con algunos de los antiguos novicios que estuvieron a su cargo en Argentina, y una de las impresiones que me llevé fue el acercamiento proactivo y el deseo de experimentar del Padre Bergoglio. Uno de ellos me dijo que Bergoglio solía decir: *“Hay demasiadas cosas que necesitan hacerse; no somos jesuitas para sentarnos de brazos cruzados limándonos las uñas...”*

Otro me dijo que cuando el Padre Bergoglio era rector del noviciado jesuita, el Colegio Máximo, se le pidió que al mismo tiempo se ocupara de una nueva parroquia, en un distrito muy pobre, y pidió a los novicios que le ayudaran. Dibujaron un mapa del distrito en un trozo de papel y dividieron las zonas de manera que a cada novicio se le asignó una zona. ¿Para hacer qué? Para ir allí. Conocer a la gente. *“Meternos en el barrio y caminarlo”, “no peinar ovejas sino a salir al encuentro de todas ellas”, “visitar a los más pobres y atender sus necesidades”*. Cuando volvían a casa el Padre Bergoglio solía mirarles los zapatos. Si tenían los zapatos llenos de polvo él sabía que habían estado haciendo algo; si tenían los zapatos limpios él sabía que no.

Concibieron un plan mientras trabajaban. Descubrieron, por ejemplo, que había muchas familias que pasaban hambre y el Padre Gauffin recuerda la mentalidad de Bergoglio: *“no podemos quedarnos de brazos cruzados ante el hambre de la gente mientras que a nosotros no nos falta de nada”*. Así pues compraron una cacerola grande, la pusieron en medio de un campo y empezaron a hacer algo.

Pero incluso mientras nosotros ayudamos a la gente, ellos nos ayudan a nosotros. Bergoglio hacía hincapié a los novicios de lo siguiente: cuando vayáis con la gente, escuchad, porque vais a aprender de ellos sobre la vida antes de que les deis nada.

Para decirlo en el lenguaje del siglo XXI, el Padre Bergoglio estaba enseñando a su comunidad a hacer lo que nuestra Red Jesuita ha hecho siempre bien: encontramos una necesidad y creamos una *“app”* para ella.

Ya sé que creéis que sólo Mark Zuckereberg de Facebook y Sergey Brin de Google son considerados expertos en la creación de *apps*. Pero de hecho, la Red Jesuita tiene incluso más experiencia en la creación de *apps*.

Sin embargo, nuestras *apps* no se descargan en teléfonos móviles, se cargan en las vidas de la gente porque se dirigen a necesidades humanas reales.

Nuestro padre espiritual San Ignacio vio que la gente necesitaba ayuda a la hora de tomar decisiones importantes en su vida, por lo que creó una *app* que él llamó Ejercicios

Espirituales. Todavía está en uso después de 500 años; ya veremos si Facebook está todavía aquí dentro de 500 años.

Y la primera generación de jesuitas también llegó a la conclusión de que el mundo se podría beneficiar de un sistema de educación secundaria mucho más riguroso, ordenado y asequible, por lo que inventaron la *app* que nosotros ahora llamamos un colegio. Aunque Mark Zuckerberg no se graduara en ninguna universidad sí se graduó en un colegio.

A lo largo de nuestras vidas, la Red Jesuita ha creado fantásticas *apps*.

Este caballero creó una famosa *app* (*viéndose la fotografía del Padre Velaz*). Él trabajaba como rector del Colegio San José en Mérida, Venezuela, y su biografía reza: “*sintió la llamada de la grandeza en el servicio, el anhelo por la audacia y el riesgo*”. Por tanto comenzó una red de escuelas rurales a lo largo de las llanuras de Barinas, pero sus superiores jesuitas no lo aprobaron, así que le destinaron a la Universidad Católica Andrés Bello en Caracas, la UCAB. Sin embargo, él rehusó dejar de trabajar en su *app*. Estaba convencido de que: “*Somos mensajeros de la Fe y al mismo tiempo mensajeros de la Alegría... Son dos poderes y dos dones de Dios que pueden transformar el mundo...*” (J.M. Velaz, Pedagogía de la Alegría).

Aquí está su *app*: Fe y Alegría comenzó con unas pocas escuelas rurales al aire libre; ahora sirve a un millón de estudiantes en más de una docena de países.

Aquí está otro caballero que ayudó a crear una exitosa *app* (*viéndose la fotografía del Padre Arrupe*). Le veis acostando a una persona herida por la bomba atómica de Hiroshima. Más tarde visitó otra comunidad que sufría, la de los refugiados vietnamitas llegados en pateras, y decidió que los Jesuitas tenían que hacer algo proactivo para servir a esa comunidad.

Aquí está su *app*: el Servicio Jesuita a Refugiados que actualmente sirve a 600.000 personas en 50 países.

Lo primero que tenemos que hacer para construir nuestra red es seguir el consejo del Papa: no sentarnos de brazos cruzados sino involucrarnos personalmente en alguna *app* de este estilo “jesuita” que haya en nuestras vidas. Puede ser en una familia, una parroquia, o una comunidad. No importa si está conectado a un ministerio jesuita o no mientras que sea una *app* de *hombres y mujeres para los demás* cuyas funciones estén en el sistema operativo de *en todo amar y servir*.

La segunda cosa que cada uno de nosotros puede hacer, más allá de nuestras iniciativas locales, es seguir otra de las partes del consejo del Papa para hacer del WUJA un catalizador que ayude a un mejor funcionamiento de nuestra red global. En Brasil, en la Jornada Mundial de la Juventud, el Papa dijo: “*Quiero que os hagáis oír, quiero que hagáis ruido, quiero que la Iglesia salga a las calles, quiero que nos resistamos a todo lo mundano, a todo lo estático, a todo lo confortable, a todo lo que tenga que ver con el clericalismo... Ruego a los obispos y sacerdotes que me perdonen si algunos de vosotros creáis un poco de confusión por ello*”.

Así pues, ruego al Padre General y a los jesuitas que nos perdonen si empezamos haciendo un poco de ruido para catalizar mejor la red para que entre en acción.

Permitidme explicaros mi punto de vista exponiéndoo una tonta comparación: hay alrededor de 800.000 *apps* de Android. Cualquiera puede tener acceso a ellas; todo el mundo puede encontrarlas; si surge alguna nueva y es realmente imaginativa y sobresaliente pronto atraerá la atención de financiadores y empresarios capitalistas quienes la ayudarán a crecer rápidamente.

¿Pero que hay de los *apps* de hombres y mujeres para los demás? Tenemos terribles problemas e ineficiencias: por una razón, ni siquiera conocemos nuestras propias *apps*. Puedo prometeros que la mayoría de las facultades de las universidades jesuitas de los Estados Unidos no han oído nunca hablar de *Fe y Alegría*. Y no hay ninguna plataforma donde podamos encontrar todas las *apps* jesuitas. Pensad por tanto en las ineficiencias. En este momento, alguien en África está intentando crear un nuevo estilo de retiro espiritual para jóvenes, y alguien también lo está haciendo en los Estados Unidos: pero ninguno de ellos sabe del otro y por ello están duplicando el esfuerzo. Por un lado hay alguien que quiere impartir un seminario sobre pobreza y por otro lado hay un estupendo currículo sobre pobreza que alguna universidad de Latinoamérica estaría encantada de compartir, pero no hay manera de conectar las necesidades con los recursos. Por un lado hay un jesuita en la India que ha creado un programa muy eficaz para la formación de líderes comunitarios, y por otro lado muchos de nosotros, graduados, estaríamos felices de donar dinero de manera que este jesuita pueda ampliar su programa rápidamente, pero nunca oiremos nada al respecto y él sufrirá la falta de recursos.

Entonces ¿qué deberíamos hacer para que esta red se convierta de verdad en una red? No tengo mejores ideas que nadie de los presentes en esta sala pero, con el objetivo de estimular nuestra imaginación, permitidme diez sugerencias de posibles vías que podemos hacer arrancar nosotros mismos. Y casi cada una de las ideas que menciono a continuación podría ser lanzada a nivel puramente local; por tanto, si no podemos catalizar la “compra al por mayor”, siempre podemos empezar por una ciudad en particular:

- Podríamos apoyar la celebración de un día mundial de servicio y reflexión en el que los graduados en los colegios tradicionales, de los colegios de *Fe y Alegría*, los refugiados, los feligreses de las parroquias, etc... todos trabajemos juntos para construir nuestra común identidad y red jesuítica en nuestra ciudad, como símbolo de quienes somos y lo que nos importa.
- Apoyar la realización de ciclos de conferencias en nuestra ciudad, de periodicidad mensual, con aquellos que componen la Red Jesuita como nuestra audiencia objetivo prioritaria.
- Crear un grupo multinacional de exalumnos/estudiantes para el estudio o defensa de a algún tema de interés global, como pobreza, hambre o agua. Todos podríamos leer el mismo libro o encíclica o carta del Padre General y después subir nuestras exposiciones en un foro de debate.

- Crear un círculo de oración jesuita de manera que, a cada hora de cada día, alguien estuviera rezando por las intenciones de la Iglesia y por las intenciones de los exalumnos.
- Crear una web de recaudación de fondos online que ponga de relieve los proyectos jesuitas a financiar que estén dedicados al servicio a los pobres.
- Lanzar un concurso anual de planes de emprendimiento, y financiar el mejor plan de emprendimiento, y aprovechar la experiencia de exalumnos de los jesuitas para entrenar en la práctica a los mejores planes.
- Recopilar un directorio de aquellos de nosotros que deseen ofrecer *pro bono* sus capacidades en consultoría, planificación de negocios, contabilidad, administración, etc... para pequeñas iniciativas jesuitas que podrían necesitar nuestra ayuda.
- Crear vías y medios de comunicación para que los jesuitas y el Padre General puedan hablar con nosotros directamente en vez de depender de nuestros colegios: ¡decidnos directamente cuáles son las necesidades y prioridades de la Compañía, quizás podamos ayudar! Todos sabemos cuál es la máxima prioridad del colegio de jesuitas en el que nos graduamos; pero si realmente somos hombres y mujeres para los demás deberíamos saber cuáles son las necesidades y prioridades de la Compañía en el mundo.
- ¡Necesitamos interconectarnos pero los jesuitas también necesitan interconectarse entre ellos! Una vez iba a ir a la India y llamé a un amigo jesuita de Nueva York para pedirle el correo electrónico de un jesuita de allá. ¡Me contestó que solamente tenía información de contactos en su propio país: quedé estupefacto! Incluso en los 80 yo tenía una guía telefónica de cada ejecutivo de JP Morgan de cualquier parte del mundo: ¿cómo podían los jesuitas, quienes de alguna manera crearon la idea de la red, quedarse tan atrasados? Con el fin de motivar al resto de los laicos a estar mejor interconectados, los jesuitas deben ayudar indicando ellos mismos el camino.
- Entra en www.jesuitnetworking.org, añade tu nombre en la página de Facebook, añade un comentario, comparte tus ideas, regístrate para aprender más sobre la red. Es una magnífica iniciativa de un jesuita que conozco, Dani Villanueva, y otros pocos, para ayudar a la puesta en marcha de la red, para hacer comprender el potencial de la Red Jesuita.

¿Son todas estas ideas buenas? No, estoy seguro que la mitad de ellas son terribles. Desgraciadamente, no sé cuáles son buenas y cuáles son terribles. Es por eso que necesitamos trabajar juntos como una red.

E incluso, si intentamos las terribles ideas y fallan, es fenomenal. Esto es lo que dijo el famoso poeta irlandés Beckett: *“Falla de nuevo. Inténtalo otra vez. Falla mejor”*. Yo mismo ayudé a lanzar un primer intento de creación de una Red Jesuita; falló. No importa. Otros aprenderán de nuestras lecciones y emprenderán el siguiente paso.

Después de todo, así es como el Papa lo expuso:

“Una Iglesia que no sale fuera, antes o después enfermará por estar encerrada... También es verdad que salir a la calle tiene el riesgo de accidentes, pero francamente, prefiero una Iglesia que tiene accidentes a una Iglesia enferma”.

Hermanos y hermanas... Hagamos ruido. Corramos el riesgo de tener accidentes. Seamos dignos sucesores de los Padres Kircher, Velaz, Arrupe, Javier, Claver. Demos un giro a nuestra red hacia lo que puede llegar a ser.

Gracias por vuestra atención.